

Celebrando a Bowie

Tengo el privilegio de poder decir que David Robert Jones, conocido popularmente como David Bowie, era un amigo muy cercano. La amistad está asociada al apego y David y yo ciertamente lo logramos a través de la música. Pero la visión que David tenía de la amistad encerraba un profundo significado debido a su sinceridad.

Aunque David era alguien con quien conecté públicamente a través de periodistas y críticos de música, fue el respeto que nos demostrábamos, la música que compartíamos y el futuro que él esperaba construir, lo que hizo surgir el afecto entre nosotros. Por lo tanto, con un gran sentido de admiración y orgullo escribo este artículo tan personal. Los dibujos originales de mi colección privada son un enfoque único que enfatiza la imaginación creativa de David.

Para mí, este texto y el arte evocan recuerdos maravillosos de una figura de la cultura pop que, sencillamente, fue un gran tipo. Él no era la personificación de lo cool, sino que era genial en sí mismo. Su

persona con una visión más realista de las cosas que he conocido.

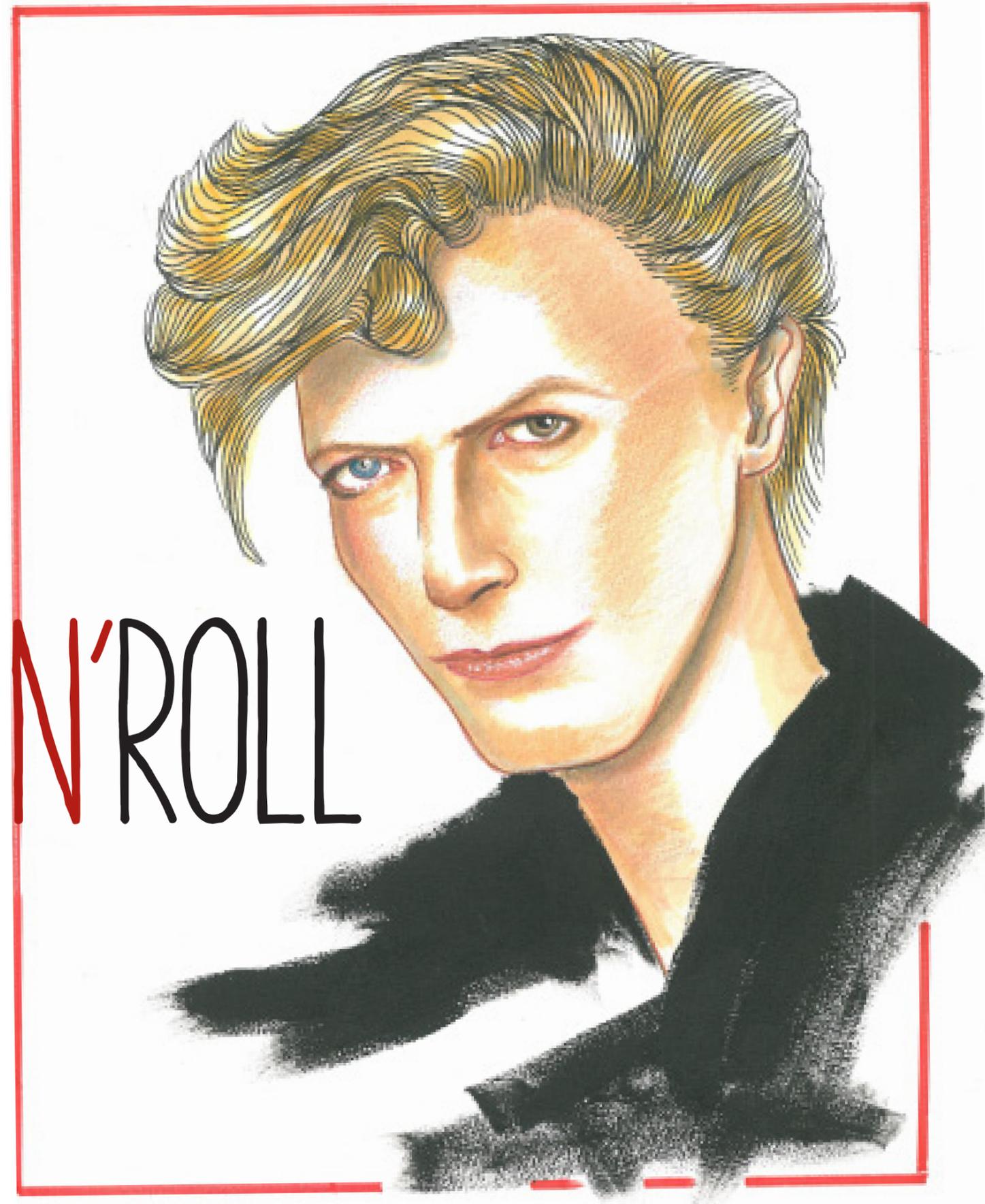
La primera vez vi a David fue en Londres, durante un viaje de trabajo que hice a principios de 1969 con Ian Samwell (mi futuro productor). Estábamos cenando en un popular club nocturno y cerca de nosotros se sentó un grupo de chicos con el pelo largo que parecían ser de una banda, no muy diferentes a los hippies que frecuentaba o a los artistas que actuaban en The Fillmore en los Estados Unidos. Estaban inmersos en una discusión muy ruidosa y solo les presté atención porque sus voces sonaban más fuerte que las de los otros clientes. Todos estaban alborotados excepto uno que parecía más calmado. Era rubio natural y se pasaba la mayor parte del tiempo sonriendo en dirección a Ian. Debido a las fuertes bromas que hacían y a las constantes miradas del chico tranquilo, le sugerí a

Una larga amistad DE ROCK'N'ROLL

Samwell que cambiáramos de mesa porque no sentía la mínima curiosidad para soportar esa conversación. Él me dijo que conocía a esa banda y yo cedí a quedarme. Samwell pidió para ambos y mencionó algo en respuesta a una pregunta del camarero. Entonces me dijo que el chico tranquilo, sonriente y rubio —que, por cierto, era bastante atractivo—, nos mandaba una botella de Pouilly-Fuissé porque se había enterado de que era mi elección para la cena. Ese detalle fue un gesto amistoso que nos permitió disfrutar el resto de la noche entre disculpas por los infortunios. Y luego ellos se marcharon.

El apuesto rubio era un cruce entre Brian Jones y Peter Noone, de quien me había colgado por completo siendo una adolescente. Pero Samwell me informó de que ese “mirón” no era en absoluto un roquero, sino un popular cantautor llamado David Bowie. Debo confesar que pregunté “¿David, qué?” porque nunca había oído hablar de él. Entonces Ian me explicó que David conocía mi trabajo como cantante y también como amigo de los Rolling Stones. Por ese motivo, durante la cena, me habló sobre la escena folk de Londres, donde destacaba aquella estrella en ascenso. Yo solo conocía el movimiento de R&B, de rock y de blues del Reino Unido, así que

don consistió en navegar por el proceso creativo con preparación y con una planificación estratégica, demostrando un alto nivel de entusiasmo, un extraordinario sentido de la autoconfianza y un espíritu guiado por la curiosidad. Así fue cómo hizo realidad su visión y entregó su obra. Entender a David Bowie no significa comprender la multiplicidad de sus personajes, sino la manera tan singular en que empleó esa autenticidad en su comportamiento individual. En el fondo, siempre se mantuvo fiel a sí mismo, se mostró ingenioso con su público, resultó interesante para la prensa y, como amigo, fue pura honestidad. Durante las dos etapas de nuestra relación, fue la



aprender cosas sobre Bowie y su música fue una revelación. Sin embargo, la lección más valiosa de aquel viaje fue uno de sus discos, que Samwell me entregó minutos antes de regresar a los Estados Unidos. Aunque David y yo no nos conocimos formalmente esa noche, nunca olvidé lo guapo que era. Dicen que la amistad empieza cuando hay respeto personal. Así que, tal vez, ese grupo tan escandaloso liderado por un tipo tan tranquilo fuese el punto de partida de una amistad que duró, de una forma u otra, durante el resto de la vida de Bowie. Y mi respeto hacia él continuará durante el resto de la mía.

Pasaron casi dos años hasta que su canción «Space Oddity» llevó a Ziggy Stardust y The Spiders from Mars a los Estados Unidos para su primera gira. En ese momento, la sociedad norteamericana estaba inmersa en una revolución para conseguir la igualdad de derechos para las mujeres y para las personas de color. Además, ya se escuchaban cánticos de empoderamiento en manifestaciones y marchas pacíficas para cambiar el sistema educativo y erradicar la pobreza. La industria musical se mostró inicialmente escéptica de que otro inglés se apropiara de los logros estadounidenses para presentar su música. Algunos argumentaron que «Space Oddity» era una exaltación distinta porque celebraba la humanidad. Otros se alegraron de que no hiciera referencia a los tesoros de la música de Delta, que era originaria del sur de los Estados Unidos. Sin embargo, muchos habrían preferido que Bowie se posicionara sobre temas sociales de nuestro país. Independientemente de cuál fuera tu punto de vista a principios de los años setenta, la posición de Bowie en ese momento se mantuvo firme como un observador de la sociedad. No obstante, la misión de su nave interestelar de costa a costa fue un gran éxito y los estadounidenses acabaron aceptando su originalidad.

David y yo nos conocimos finalmente en Los Ángeles durante esa particular hazaña que fue su gira de 1971. Charlamos de manera breve detrás del escenario después del show de Ziggy Stardust, que incluía un diseño de escenario muy interesante con símbolos fálicos, disfraces extravagantes y un repertorio formado por temas originales, muchos de los cuales aparecían en el álbum que me regaló Samwell. Yo había internalizado esas canciones desde el encuentro en Londres. Bowie y yo acordamos que nuestro agente cinematográfico nos pusiera en contacto vía telefónica y luego él pidió que me acercaran a mi transporte. David me acompañó hasta la puerta y empecé a cantar el primer verso de «The Man Who Sold the World». Entonces esa sonrisa con hoyuelos apareció una vez más para recordarme de nuevo su imagen en el club nocturno londinense.

Luego él dijo suavemente: “Saludos, espero que hablemos pron-

David lo hacía todo con ambición y con un brillo en los ojos, además de mucha energía, una gran reflexión, mucha franqueza y una visión realista de sí mismo. Solo entonces el trabajo se convertía en su terreno de juego

to”. Me encogí de hombros, me di la vuelta y salí con pensamientos positivos sobre su actuación, el repertorio, la banda y el aspecto del show que él mismo había diseñado. Llegué a la conclusión de que era muy talentoso. Más que nada, David parecía encarnar un impresionante sentido de cordialidad y cortesía. Desde que había llegado a mis manos ese álbum, había estudiado muchas de sus canciones en previsión a si un día decidía grabar versiones para mi álbum en solitario. Fue genial escuchar esos temas en directo y compararlos con los del disco. Incluso le sugerí a Samwell la idea de hacer nuevos arreglos y, afortunadamente, él se mostró interesado. Yo estaba agradecida de que él conociera el trabajo de Bowie y de que ambos estuvieran convirtiéndose, poco a poco, en parte de mi amplia familia.

La familia es algo que te viene dado, pero la amistad son las relaciones que eliges. Al crecer en el noreste de los Estados Unidos, mis primeros años estuvieron marcados por una familia grande y bien avenida. Mientras que mi infancia había sido feliz, sus años de formación se vieron empañados por la enfermedad mental de un hermano mayor, por problemas similares con familiares y, más tarde, por una enfermedad de su padre que le condujo a una muerte inesperada. En mi opinión, su vulnerabilidad respecto a estos incidentes lo llevó a centrarse y a vincularse a los temas que había desarrollado mientras era adolescente para llevar a buen término sus visiones musicales tan personales.

Con esta mentalidad, David formó las distintas bandas que tuvo a lo largo de su carrera. Montar grupos de rock y lograr que durasen

se convirtió en un tema de conversación frecuente entre nosotros. Le recomendé a músicos e incluso llegué a prestarle a los de mi confianza cuando yo no estaba de gira. A David le encantaba ser el líder de las formaciones. Muchas veces compartía conmigo los desafíos a los que se enfrentaba, como los choques de personalidad, y las cosas que más disfrutaba, como la colaboración en la composición. Bowie fue muy honesto conmigo acerca de las diversas bandas que montó para las giras, mientras que yo me sentía como una damisela en apuros porque había trabajado con muchos líderes de bandas y anhelaba su experiencia. Siempre le decía que cantaba su canción «The Man Who Sold the World» cuando buscaba inspiración y confianza para organizar mis repertorios. Y esa famosa sonrisa aparecía rápidamente para eclipsar el sol. Bowie era genial para conectar a través de la música y, con el paso del tiempo, descubrí que era un colaborador muy cooperativo.

Algunas noches, David se quedaba a dormir en mi casa en Hollywood Hills. Yo le había preparado un dormitorio con un baño privado que estaba junto a la sala de música. En caso de que se inspirara a una hora inusual, tendría acceso a los instrumentos y al equipo de grabación que allí guardaba. En un guiño personal, la habitación se llamaba La Suite de la Estrella de David. Era una estancia encantadora, bien iluminada y espaciosa, con puertas francesas, un techo alto y una estantería repleta de mis libros favoritos de arte, danza y ocultismo. En los días que estuvo allí, mi ama de llaves Lily y yo le preparábamos un desayuno ligero. Esto la obligaba a llegar a las cinco de la mañana para estar disponible para servirle “su bebida de la mañana”.

David era muy madrugador y yo era el polo opuesto, como ese vampiro que va a dormir justo antes de que amanezca. Aunque estábamos acostumbrándonos a las diferencias de nuestros estilos de vida, él estaba encantado con mi hospitalidad porque le ofrecía privacidad, un espacio tranquilo, relajación y un ambiente creativo donde leer o escribir sin distracciones. Era poco habitual que un roquero disfrutara de ese tipo de atmósfera en una habitación de hotel en los años setenta. No en vano, una cosa que ambos teníamos en común era la agitada forma de vida de las giras y sabíamos lo necesario que era pasar temporadas alejados de los estadios, de las salas de conciertos y de los festivales de música que, en realidad, nos daban la vida y eran la base de nuestro trabajo. Así que, a menudo, me sorprendía a mí misma cantando sus letras suavemente en casa, como la de «Memory of a Free Festival».

Durante otra de sus visitas, recibí una llamada de un ejecutivo de Warner Brothers que quería pasar a escuchar una canción mía de la que le había hablado. Mi percussionista, que también se encargaba de la parte técnica del sonido de la banda, no pudo asistir al encuentro porque estaba grabando con Stephen Stills cerca de Los Ángeles. Así que le expliqué mi situa-

ción a David. Él preguntó dónde se encontraban los aparatos electrónicos, los cables y las bobinas, y yo le mostré donde podía encontrarlo. Entonces dijo: “De acuerdo, seré tu ingeniero de sonido”. ¡Y lo hizo! Lo dejó todo listo para la reunión y me salvó la vida con la consola de grabación TEAC de cuatro pistas, que era la alta tecnología de principios de la década de los setenta para hacer demos caseras. David se puso auriculares para mezclar los niveles de los instrumentos, ajustó la impedancia del micrófono y, una vez que la canción había terminado de sonar, aportó sugerencias para los coros y los arreglos de cuerda y de viento. Se comportó como un productor.

Nunca antes me había dado cuenta de cómo él disfrutaba con ese oficio que tanto amaba. Mi nueva canción «Sister Angela», que estaba dedicada a la activista afroamericana Angela Davis, fue bien recibida y siempre he estado en deuda con Bowie por su ayuda aquella tarde. Fue un placer verlo actuar en esa faceta tan poco frecuente y me di cuenta de que era tan bueno detrás de las bambalinas como en el escenario. Le encantaba estar al mando y dar instrucciones. En realidad, fue un gran maestro que tenía una paciencia enorme, pero sobre todo sabía escuchar. A veces, cuando las piezas del rompecabezas de mi vida se volvían confusas, él siempre estaba allí para encontrar la manera de encajarlas correctamente. Bowie era mi caballero de brillante armadura y, al finalizar ese encuentro, me mostró cómo configurar la consola yo misma, cómo interpretar los niveles y etiquetar las cintas. Al terminar, lo desmontó todo y guardó todos los componentes. Hay más de diez mil millones de personas

en este planeta y ninguna tan especial como él sabía ser.

Habitualmente se dice que dentro de cada hombre hay un niño pequeño esperando para jugar. David lo hacía todo con ambición y con un brillo en los ojos, además de mucha energía, una gran reflexión, mucha franqueza y una visión realista de sí mismo. Solo entonces el trabajo se convertía en su terreno de juego. David dividía su tiempo entre los grupos para los que componía y los proyectos que producía. Tenía entre manos uno de los planes de producción más prolíficos que he presenciado jamás. En aquellos días, la mayoría de las portadas de discos, las canciones, los créditos y los textos de acompañamiento ya estaban hechos, y él estaba listo para lanzar al mercado esos trabajos discográficos uno por uno. El lote incluía *Aladdin Sane*, *Pin Ups* y *Diamond Dogs*, además, Lou Reed logró que *Transformer* fuera su primer álbum de éxito con la producción de Bowie. Al mismo tiempo estaba trabajando en un disco con Lulu y *Young Americans* también empezaba a tomar forma, igual que *Station to Station*. Asimismo, Iggy Pop estaba recuperándose y tanto Berlín como Brian Eno ya se vislumbraban en el horizonte.

En lugar de meterse en la política norteamericana, él optó por seguir siendo pragmático y prefirió sumergirse por completo en su ambiciosa creación musical. Desafortunadamente, el contrato que había firmado con su compañía de management no era tan transparente con la contabilidad como él creía. David había trabajado muy duro para defender la vertiente creativa de ese contrato, sin embargo, fue el último en darse cuenta de las señales que le alertaban de ciertos problemas en todos los departamentos de esa empresa. Cuando se enteró de que la compañía no era rentable debido a un gasto excesivo, él quedó abrumado y derrotado emocionalmente. A partir de ese momento, prestó más atención a los entresijos de su entorno empresarial y de sus asociados, en lugar de contemplar a la sociedad en general.

Tratar de consolarlo fue una de las situaciones más difíciles que viví con mi amigo, pero uno de los dos debía estar estable. Así que decidí que se convertiría en un trabajo de amor. Las estrellas de rock fueron estafadas de manera escandalosa en aquellos días, tanto por el gobierno, que les cobraba impuestos exagerados, como por sus compañías de management, que a menudo desviaban parte de los beneficios. Eso siempre pareció formar parte de los quebraderos de cabeza de la élite del rock, una especie de rito de paso para aprender a tolerar el lado oscuro del éxito. Y cada una de las bandas en las que he participado se ha encontrado en ese atolladero en algún momento de su carrera. Finalmente, le sugerí que hablara con alguien que hubiera pasado por algo similar para obtener ideas y proponer soluciones creativas al problema. La conversación no era más que una cura para aplicar a sus heridas psicológicas, pero fue un punto de partida para que dejara de sentirse como una víctima vulnerable.

Entonces me vino a la mente una canción de su álbum de 1969, pero esta vez imaginé al personaje principal, una mujer mayor, como su compañera de negocios vestida como una drag y recitando la letra: “God knows I’m good. God knows I’m good. God knows I’m good / Surely God won’t look the other way”. Pero todas las señales demostraban lo que iba mal y David empezó a organizar el caos compartiendo su difícil situación con su colaborador en la composición, John Lennon. Fue él quien ayudó a Bowie a encontrar la luz al final del túnel. Las cosas no se arreglaron de manera automática, aunque consiguió suficiente información para planificar su salvación económica y liberarse de un contrato insatisfactorio.

David y yo estuvimos distanciados durante muchos años a partir de la década de los ochenta, pero nuestras almas siempre permanecían unidas. Nuestra conexión se hacía evidente cada vez que escuchaba una de sus canciones en la MTV o en la radio. Prestaba atención a las letras y descubría referencias a situaciones que habíamos compartido, a palabras que habíamos intercambiado y a ritmos que producían progresiones de acordes que nos gustaban. Eso siempre me hacía feliz, aunque fuera solo por un momento. Yo seguí confiando en que, sin importar lo que hubiera sucedido entre nosotros, nos veríamos de nuevo en algún lugar, a pesar de que cada uno había elegido caminos diferentes.

En 2013 recibí una llamada para participar en un documental sobre coristas. Debido a que me había ganado la vida gracias a ese trabajo durante muchos años, acepté la propuesta de entrevista para la película. No supe que David también aparecía en *Twenty Feet from Stardom* hasta que fui a la primera proyección. ¡Qué sorpresa!



Claudia Lennear: contraportada de su álbum *Phew!* (Warner, 1973) y en el documental *Twenty Feet from Stardom*

Durante la promoción, un coche con chofer me llevó por la Interestatal 10 hacia Santa Mónica para asistir a la ceremonia de los premios Independent Spirit Awards. Cerca de las dos y veinte de la tarde sonó mi móvil, pero no reconocí el número y no presté atención. La persona que llamaba no dejó ningún mensaje, sino que volvió a llamar y esa vez respondí pensando que se equivocaba. Entonces escuché su inconfundible voz diciendo: “¿Claudia? ¿Eres tú, mi señora del alma sonriente?”. Sonaba exactamente como cuando tenía 22 años y tan británico como en su primer viaje a América. Yo contesté: “David, ¿eres tú?”. Fue el momento más feliz de mi vida. Un saludo que duró un nanosegundo y que solo él podía hacer que fuera tan encantador. El reencuentro sucedió. Aunque nos había llevado mucho tiempo que se hiciera realidad, valió la pena por la colección de recuerdos maravillosos y también por la promesa que hicimos de no perder el contacto otra vez.

Los siguientes tres años fueron muy prometedores con él de nuevo en mi órbita. Lo primero que pasó fue que me di cuenta de que era la mujer más afortunada del mundo por tener una segunda etapa con David. Pronto empezamos a desarrollar conceptos para un proyecto musical, intercambiamos ideas sobre arte, arquitectura, danza y moda. Y, con frecuencia, discutimos sobre nuestro segundo arte visual favorito: el cine. Hablamos sobre todo por FaceTime, que era su forma preferida de comunicarse por teléfono. La primera vez que conversamos usando este medio fue bastante incómodo. Todavía no nos habíamos visto en persona, por lo que hablar cara a cara por el móvil era la mejor alternativa. Entonces, cuando cada uno apareció en la pantalla, hubo un largo e incómodo silencio. Finalmente yo dije su nombre, nos miramos y susurré: “¿Tienes cejas?”. Él respondió: “Sí, como tú”. Empezamos a reír de manera incontrolable. Lo más divertido fue que era la primera vez que nos veíamos en varias décadas y no podíamos creer cómo nos veríamos siendo ancianos. Por supuesto cantamos el famoso estribillo de «Changes». David nunca perdió su sentido del humor e, independientemente de la forma en que el tiempo nos había cambiado, debo decir que había envejecido con elegancia y que todavía era muy atractivo.

Era la una y media de la madrugada, hora de Los Ángeles, del 16 de enero de 2016, cuando recibí la terrible noticia de que David Robert Jones había fallecido y que el telón había bajado por última vez en su espectáculo. Todos los representantes del arte y de la música se sobresaltaron, mientras mi corazón se rompía en pedazos y mi conciencia quedaba trastocada. Ese fatídico día, la industria discográfica perdió a su mejor y más brillante artista. Yo perdí a un amigo sin igual. Era el hombre más singular que había conocido. Todavía tengo cosas que aprender de cada momento de nuestra relación que había pasado por alto mientras él estaba vivo. Estoy agradecida por las innumerables posibilidades que surgían de sus pensamientos, por la música extraordinaria que compartió con sus admiradores, por los desafíos a los que se enfrentó y porque demostró que su originalidad era la mejor de todas.

David, ahora que has escapado de este planeta por última vez, deseo que tengas un buen viaje a otra galaxia. Nos veremos allá, querido, y “don’t forget to keep your head warm”. 🍀